



# PARRAGA



—de acuerdo de aquellos campamentos de la O. J. cuando cantábamos:

“Montañas nevadas  
banderas al viento  
y el alma tranquila,  
Yo sabré vencer.”

Cuando marchábamos por entre los pinares, yo iba pensando en el paisaje, en las montañas nevadas... ¿Dónde estarán las montañas nevadas? Algunas veces me gustaría encontrar la nieve de colores como en San Martino de Castronzo, según ha contado Andréu Claret, el hombre que barre las nieves con unas máquinas enormes en el Principado de Andorra.

José María Parraga va contra corriente, a contrapelo de la sociedad. Estoy en su miniestudio; un rincón apenas: un camastro y, en desorden, revistas, un libro sobre la prostitución, “Cien años de Soledad”, de García Márquez, y “La sombra del cochero”, de Peter Weiss, y el Almanaque de Espigas y Azucenas. Hay un disco antiguo, de 78 r.p.m., quiero decir, de Rachmaninof y de Tchaikowski. Sobre el camastro hay una guitarra y por las paredes y en el suelo, cuadros, dibujos, pirograbados.

—¿Y esta pintura, qué?

—Es una pintura honrada. Bueno, esto lo dicen todos los pintores, pero en este caso mi pintura es como la minifalda: no son inmorales las que la llevan, sino los que miran: los que llevan la malicia en la mente. Haría que esterilizar muchas mentes de muchos maliciosos, hipocóndricos y maxibeatos...

Parraga habla de los campamentos otra vez, de cuando comían arroz con atún migado, de cuando le dieron el tercer premio en el certamen nacional juvenil:

—Nos llevaron al Escorial y al Valle de los Caídos. Todavía no estaba inaugurado y yo no veía los evangelistas, me preguntaba las motivaciones de aquellos evangelistas y hablaba con los canteros. Al final de todo esto pude hacer mi dibujo sobre el Valle de los Caídos. Fue el que más gustó. Y es que hay que entrar dentro...

—¿Dentro de qué?

—De las cosas, por supuesto.

—Y en la superficie, ¿puede haber algo?

—Pues sí, lo bonito, lo trivial, lo que cambia.

Parraga ha sido siempre un poco loco. Ha estado en Holanda y se ha anticipado en cinco o diez años a los “hippies”. Andaba con un hábito-rojo y se ceñía con

un cíngulo. Entonces andar así no era ser “hippy”, sino anticapitalista. Llevaba un hábito estridente y anticonvencional, pero le pusieron el sambenito de comunista.

—Oye, ¿has sido comunista?

—¿Y eso qué es? Yo pintaba y vestía como tenía que pintar. A mí me parecía que así era consecuente. Mira: yo tengo el título de maestro y cuando empecé a pensar que tenía que decirles esto y aquello, y sobre todo lo de “¡Estaros quietos!” a los zagaies, entonces me eché a temblar y renuncié a ser maestro, que es una de las cosas más hermosas y también más difíciles que hay. Además, que yo soy así. Tan pronto voy a una fiesta, a una tertulia, a un guateque, como me voy a pasear por el monte. Esta mañana estuve en una boda “hippy” que había en la Fuensanta; una boda curiosa porque la mitad de los invitados eran también “hippies” y la otra mitad eran digamos convencionales... Era todo muy divertido porque el cura que casó a los novios dijo unas cosas muy a tono con la pareja, pero me parecían afectadas, halagadoras. Ese mismo cura casando a unos novios más peripuestos haría otra plática diferente.

—¿Eres “hippy”?

—Yo no sé lo que soy; lo que sé es que no me gustan los esquemas convencionales: el saludo es falso; el pésame es falso; la vestimenta es incómoda y cuando un amigo te dice algo afectuoso, el cincuenta por ciento, por lo menos, es mentira... Me gusta amar a mis semejantes, pero sin zalemas, sin que parezca un charlatán que está vendiendo plumas estilográficas en la feria...

En el estudio de Parraga se cierra la estrecha puerta: Hay detrás pegada una reproducción de un lienzo egipcio. Debajo: “Venga el invierno y cójame en camisa; vengan mil males de repente. Pero libreme Dios / de todos solamente”.

—Es del siglo XV y fue lo único que vio en mi estudio la televisión.

La televisión no vio magníficos pirograbados que tiene allí Parraga, cuadro de pruebas de tintas de imprenta, bocetos, una ventana desde la que se ve la cruz que remata la capilla de la Virgen de los Peligros y la estructura metálica de un anuncio de la sociedad de consumo. La terraza está dividida en varios planos como para hacer teatro en un escenario ideal y maravilloso con ruido de fondo de coches, bocinas y, cuando se hace un segundo de silencio, los niños que juegan en el miniparque de Floridablanca...

—Se dice que eres como un niño...

—Sí, pero no me dejan serio; me echan la culpa de cosas de hombres complejos y con complejos.

—Se dice que de vez en cuando vas al manicomio...

—Allí por lo menos hay paz y coherencia; nadie sospecha nada de nadie, salvo que todos esperamos algo; voy a buscar eso: la esperanza...

—¿La encuentras?

—Se me escapa siempre por los quicios de entre los árboles.

—¿Y dónde la buscas luego?

—Como no la encuentro me refugio en la pintura, en el dibujo, en las tonterías que se dicen en los cafés, en los periódicos, en los cines, en el mercado...

—¿Qué opinas de los niños?

—Los niños son monstruos en libertad que se están domesticando.

—Entonces, la sociedad es necesaria, ¿no?

—Pues, sí, como corsé está bien: “Buenos días, D. Fulano, buenas tardes, etc.” etc.

En el estudio de Parraga entra la luz de otoño y se abaga un poco. Me enseña un pirograbado de un torero, un dibujo delicioso, ingenuo.



—Esto para que veas que yo no tengo tan mala uva como dicen...

Luego me enseña cuadros que recuerdan a Picasso. La antonimia fibrilar le da carácter a las cosas de Parraga. Antes pintaba como las pieles del hombre, como buscándole el alma. Nunca pinta, observe, el corazón. Pinta en su lugar una paloma, unos pechos flácidos, unas caras patéticas, unos vientres preñados, pero nunca pinta el corazón.

—¿Por qué no pintas el corazón?

—Porque soy incapaz y porque no lo he visto todavía.

—¿De qué color pintarías la esperanza?

—De un color indefinido.

—¿Y la ternura?

—La ternura la pintaría como una gran nube que se convierte en agua vivificante.

Parraga es un genio, Parraga puede ser mucho fuera de Murcia. Estuvo fuera y triunfó y aquí no veo yo que tengan mucha estima por él.

—Oye, ¿por qué no te marchas? Nadie es profeta en su tierra...

—Pues yo pienso morir aquí. Entonces sí; entonces hablarán de ti como lo que eres.

E. de R.

